

PATRICIA ALMARCEGUI

**CUADERNOS PERDIDOS DE JAPÓN**

EDITORIAL CANDAYA

Hay un tren *Shinkansen* de alta velocidad que se llama Kodama. El mismo apellido de la mujer de Jorge Luis Borges: María Kodama. Creo que ella le enseñó muchas más cosas que las que él reconoce. Juntos seleccionaron fragmentos y tradujeron *El libro de la almohada*, de Shei Shōnagon, dama de la corte del siglo X. Los títulos de los fragmentos que más me gustan son: «Cosas que despiertan una querida memoria del pasado», «Cosas que pierden al estar pintadas» y «Cosas que están cerca aunque estén lejos». Y uno de los temas que trata y prefiero: la despedida de los amantes. Según Shōnagon, lo mejor de pasar una noche con ellos son las cartas que nos envían al día siguiente.

No se quita el sombrero azul durante el viaje. Lleva una chaqueta roja y encorva la espalda para trabajar en la mesa del avión. Su marido está también muy ocupado a su lado. Tienen una caja de cartón rectangular con tesoros y papeles. Los he visto en la sala de embarque. Son mayores y se mueven con paciencia. No se levantan de los asientos y siguen ausentes a las miradas de los pasajeros. Están muy concentrados en sus movimientos. Hacen *origami* mientras el mar de Barents pasa por la ventana.

El hombre y la naturaleza tienen el mismo origen.

Mi ahijada no entiende que su madre se duerma cuando ven juntas *Your name*. Han ido dos veces al cine y tiene un póster con los protagonistas de la película en la habitación. Su madre le dice que no la entiende. Me la han grabado en un *pen drive*, la he empezado a ver y la he dejado a medias. Yo tampoco la entiendo, pero no pienso decírselo a mi ahijada.

El prestigio de la civilización china fue tan grande en la época clásica que los poetas de la corte japonesa preferían el chino medio. Así, la escritura, practicada por la aristocracia en la época clásica, se hacía preferentemente en chino, la cultura imperante hasta el siglo VIII. Lo mismo que los estudios de letras en la Universidad.

El japonés se reservó para géneros «menores», como los cuentos, diarios o la forma más antigua de la poesía japonesa, el *waka*, la forma poética típica a lo largo de diez siglos, que sobrevivió gracias a las mujeres que escribían poemas en su encierro privado y a los hombres que les respondían, también, mediante poemas. Ellas no podían ir a la universidad y estudiaron en casa, al igual que los hombres del rango más alto. En privado aprendieron el silabario japonés, *kana*, con el que «elevaron» tanto los géneros menores como el *waka*.

En el primer viaje a Japón mi cuaderno de notas azul voló y se cayó a un riachuelo mientras bajaba caminando desde la cumbre de la isla de Miyajima. En el segundo olvidé el

cuaderno negro encima de una máquina de billetes del metro en la estación de Shibuya. Ya no me acuerdo del color que tenía el que me robó mi expareja entre los dos viajes a Japón. En el cuaderno negro había escrito sobre mi boda. Buscaba una escritura más desnuda y sencilla, y narrar mi segundo viaje al Japón con ella. En el cuaderno cuyo color no recuerdo, había un poema. Lo escribí la mañana que murió mi padre.

Minae Mizumura plantea en su novela *Cuando la lengua japonesa desaparezca* (2015) la crisis del idioma japonés. Según la escritora, el inglés es la lengua dominante de la globalización y el japonés se encuentra en decadencia. ¿Qué ocurrirá cuando los miembros mejor educados de la sociedad se vuelvan aún más bilingües? ¿Qué tipo de escritos leerán en sus lenguas maternas? ¿Únicamente lo que se lee un día y se olvida al siguiente? ¿Seguirán leyendo en su propio idioma?

En las clases de japonés aprendo algo nuevo: es un signo, casi un dibujo, un círculo al que le falta un fragmento en la parte derecha inferior. Indica que hay un sustantivo en la frase. Cuando lo trazo, aprieto tanto el lápiz que el dibujo vibra y el ideograma nunca me sale redondo.

Tengo unos veinte cuadernos de viaje que he escrito a lo largo de dos décadas. El primero lo hice entre Damasco, Palmira y Alepo. No sé cuándo fue pero un día dejé de tener uno para la vida y otro para el viaje. Los cuadernos se convirtieron en diarios.

El mapa físico desde el cielo. El avión alcanza Siberia para cruzar Hokkaidō y llegar a Tokio. Nunca recuerdo cuál es la vegetación de Siberia, ¿la tundra o la taiga? Los ríos sangran de hielo la tierra y se ensanchan en lagos. Trazan meandros infinitos en espirales a veces estrechas y a veces anchas. El mar sigue helado pero hay corrientes que dibujan el deshielo. La costa está nevada e irrumpe en el agua. Suecia, Dinamarca, están congeladas en blanco y negro entre bosques secos.

*Diario de viaje, 2 de abril de 2018.*

«Como no conocían los caminos hacían el viaje perdiéndose y volviéndose a orientar».

*Ise Monogatari.*

Durante el periodo de esplendor de las letras japonesas, la llamada época *Heian*, entre los siglos VII-XII, la mujer no tenía nombre al nacer: lo adquiriría más tarde a través de un familiar y para ello debía educarse y destacar en la música, la caligrafía, la danza y la poesía.

«No parece un libro muy optimista», me dice un amigo cuando ve en mi mesa de trabajo el libro *Poemas japoneses a la muerte. Escritos por monjes zen y poetas de haiku en el umbral de la muerte*. Compilados, prologados y comentados por Yoel Hoffmann, los textos se traducen del francés al castellano. Hay una tradición de escritura de poemas de los monjes que se despiden de la vida. La preparación para morir, la espera para otro viaje. A veces pienso que no es posible

que se escriban en el umbral de la muerte, porque creo que nadie podría escribir en ese estado algo así: «Salto ahora al abismo de la muerte./El suelo se deshace,/el cielo gira» (Rankei Doryu). ¿O sí podría?

Me cuentan que han publicado una entrevista del coreógrafo Nacho Duato en la que habla de lo guapo que es. Tengo el suplemento en casa y miro las fotos para comprobarlo. Posa delante de una mesa de despacho grande y sólida, el libro de Hoffmann asoma por detrás.

Sobre la lápida del cineasta Yasujirō Ozu destaca un ideograma: *Mu*. La Nada.

El 80% de la población de Japón se concentra entre Tokio y Fukuoka.

«En teoría estaba mal visto que una mujer aprendiera a leer y a escribir de verdad (es decir, en chino), aunque se conocen algunos casos posteriores de mujeres que fueron educadas en los clásicos chinos, como la autora de *El libro de la almohada* (*Makura no Sōshi*), Sei Shōnagon, y la de *Los cuentos de Genji* (*Genji Monogatari*), Murasaki Shikibu. La educación de las mujeres consistía en aprender a leer y escribir las letras fonéticas (*kana*), caligrafía (*tenarai*), poesía japonesa (*waka*) y música (aprender a tocar el *wagon*, el *koto* y el *bina*)».

Torquil Duthie en la introducción de  
*Poesía clásica japonesa* [*Kokinwasashū*].